



I.

Por los años de 1809 y 1810, el virreinato de la Nueva España presentaba un aspecto de bienestar y tranquilidad tan grande, que nadie en el mundo se hubiera atrevido á pronosticar que después de algunos meses, esos pueblos pacíficos del Bajío, se habían de convertir en lizas y palenques, donde la sangre correría á torrentes, y los hombres se destrozaban como fieras, impulsados por ese ciego y doble fanatismo político y religioso.

El pueblo de Chamacuero, en el Departamento, entonces provincia de Guanajuato, pueden figurárselo las lectoras poco más ó menos como todos los pueblos que no son México y las capitales, es decir, con la mayor parte de las casas maltratadas y sin

aseo, con unas calles empedradas y otras no, y con su iglesia y su cura, que cada ocho días enciende dos velas delgadas de cera á la hora de la misa, y con un reducido número de personas cultas y civilizadas. Chamacuero, no obstante, era menos feo, y más civilizado que otros pueblos; y vivía en él una jovencita con un talle delgado, una sonrisa melancólica y unos ojos llenos de ternura. Manuelita (que así se llamaba la joven) era además muy virtuosa, y de un talento superior, tal vez á la educación que entonces se daba á las mujeres, y de una alma apasionada: tenía entre los mozos del pueblo algunos novios, á quienes no había desdeñado, á causa de su natural amabilidad; pero tampoco les había correspondido con muecas y coqueterías, á causa de su natural virtud y juicio. Por fin fijó su elección en uno, en quien reconoció más juicio y buenas cualidades, y lo amó también porque así se lo ordenaba su corazón. Ya verán, pues, mis hermosas lectoras, que después de lo que va dicho, nada tenía de extraño que procuraran los dos amantes tener aquellos ratos de dulce conversación, aquellos momentos en que en la soledad y silencio de la noche, se comunican dos jóvenes sus temores, sus celos, su amor, su aliento, su vida, su alma entera. ¡Oh! esos suspiros que se pierden con el soñoliento ruido de los árboles;

esas dulces palabras que van á morir con el susurro de un arroyuelo; esos besos castos que apenas vibran, y se escuchan en el augusto silencio de las altas horas de la noche; esos temores y sustos de ser descubiertos, por el padre ó el ama de la casa; esos latidos del corazón, que explican la dulce y desconocida sensación del amor, son otros tantos placeres que circundaron los primeros días de la juventud de Manuelita, y que vosotras, mis amables lectoras, sentiréis una sola vez en vuestra vida.

Una noche Manuelita estaba debajo de un árbol del patio de su casa, y con una voz suplicante y los ojos llenos de lágrimas, le decía á un joven que permanecía á su lado:

—En nombre del amor que me has tenido, dime: ¿qué motivo ha podido hacerme cambiar de resolución?

—Te he dicho, Manuelita, que es un secreto que sólo Dios y yo debemos saber.

—Es decir, contestó, rechazando la mano del joven, que yo no merezco tu amor, ni tu confianza; que has jugado con mi corazón, y con mis sentimientos, para abandonarme después, por la simple razón de que tienes un secreto. ¿Y es disculpa honrosa para un hombre, faltar á sus juramentos, sólo porque dice que tiene un secreto? Dime que no me amas ya, que te has cansado de mi conversación, de mi

trato, de mis modales, y que quieres escoger otra joven de más talento, de más viveza, de más hermosura. Sí, de más hermosura, continuó con la voz ahogada por los sollozos; pero que te ame más que yo, ninguna, ninguna encontrarás.

Manuelita lloraba como una niña; Alberto abrazaba su hermosa frente.

—Me has de volver loco con tu llanto, y tus celos, Manuelita. Yo tengo mi secreto; pero realmente es un secreto que no está nada bien en poder de las mujeres; pero en cuanto á otra novia, ni pensarlo; ¡bah! ¿Había de querer á otra cuando te tengo á tí tan tierna y tan amable?

Manuela reclinó su cabeza en el hombro de Alberto, y su pelo delgado ondeaba con la brisa de la noche.

—Vaya, muchacha, continuó Alberto, levanta ese rostro de virgen, tan apacible y tan hermoso, y enjuga el llanto. No amo á otra, á tí no más, á tí... ¡celosa!

—¡Alberto! respondió Manuela, acariciándole la mejilla, no seas injusto, dile ese secreto á tu Manuela, que te juro que no saldrá de mi pecho: diciendo esto, echó el brazo al cuello de Alberto.

—Manuela, eres capaz de quebrantar con tus mimos el carácter más duro: bien, te voy á decir ese secreto, mas que nos lleve el diablo á todos si lo descubres..... chist..... cuidado con decirlo, ni al confesor, ni á tu nodriza, ni á tu mamá....

—Si desconfías de mí, no me lo digas, ni me vuelvas á ver, interrumpió Manuela, quitando con desdén el brazo del cuello del mancebo.

—Es incomprendible esta criatura, exclamó Alberto; pero al fin ha de hacer de mí cuanto quiera.... Pues bien, Manuelita, sabe que antes que el amor y que los placeres, hay una sagrada obligación que cumplir.

—¿Cuál?

—La de defender á la patria.

—¿La patria, Alberto?... interrumpió Manuelita asombrada, ¿pues no tienes tu casa, tus amigos, tu hacienda, tu familia, sin que nadie te moleste ni interrumpa tu tranquilidad? ¿De qué patria hablas?

—¡Niña, pobre niña! que no piensas más que en el amor, no sabes que somos víctimas de la codicia y de la tiranía de los españoles. Sí, Manuelita, te repito que es una obligación librar á la patria de la esclavitud en que está, ó morir en la lucha.

—¡Morir! ¿y por qué piensas en eso? ¿Por qué me asustas con esa voz sepulcral? No, tú no te apartarás de mi lado, nunca, ¡nunca! y al decir esto, estrechó al joven contra su pecho.

—Esta muchacha es un serafín, murmuró Alberto á media voz, y después, alisando la delgada cabellera de Manuelita, continuó: no quiero decir que sea preciso morir,

es una disyuntiva que pongo, y cabalmente la parte de mi secreto consiste en declararte que voy á tomar partido en la revolución que va á estallar, y que yo no puedo casarme contigo para hacerte infeliz.

—No sé lo que quieres decir: y mujer como soy, no puedo calcular la justicia que tendrás para entrar en esa revolución; pero como yo me fío en tí, lo mismo que en el santo de mi nombre, que en el ángel de mi guarda, cualquiera que sea tu suerte, quiero participar de ella: ¿lo rehusarás?

—Mi vida va á ser llena de amargura, contestó Alberto. Unas veces andaré prófugo por los montes, otras dormiré en los bosques, ó en el borde de los torrentes; otras el silbido de la metralla, el rugir de los cañones, y la luz del incendio, serán mi única distracción. ¿Quiéres ser mi esposa?

—Sí.

—Una vida sin descanso, sin hora segura, continuamente agitada, llena de alternativas y penas, es lo que te puedo ofrecer.

—¿Y no hay remedio, preguntó Manuela, de evitar esas desgracias?

—No lo hay.

—¿Y las pasarás solo, si yo rehúso el ser tu esposa?

—Sin duda alguna, contestó Alberto, pues estoy resuelto á sacrificar mis bienes, mi vida. . . . ¡qué digo mi vida! mi amor

por tí, Manuela, que eres mi vida, mi mundo, mi Dios.

—Alberto, muy justa debe ser la causa que tú vas á abrazar, puesto que te resuelves á esos sacrificios.

—Es la causa de nuestra patria.

—Pues entonces, aquí está mi mano, será tu compañera en todas las aventuras de tu vida, y, quiera el cielo que lo sea también en tu muerte. ¿Cuándo nos casamos?

—Manuelita, eres un tesoro que no conocía, un ángel á quien no había adorado.

—¿Cuándo nos casamos?

—Dentro de ocho días, contestó Alberto, estrechando á Manuela contra su corazón.

II.

—Hace una hora que aguardo las órdenes de V. E.

—Muy exigente y un si es no es altanero, es el maestro Cayetano. Los asuntos de Estado exigen más detención de la que te parece, maestro, y no es lo mismo matar un toro en la plaza, que matar un hombre que tiene alma que perder.

—Vea V. E. lo que yo creo, respondió Cayetano.

—Vaya, dí lo que crees, y por primera vez te oiré decir que crees en algo.

—Creo, en Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, y en la Virgen de Zapopan, y en la....

—Omite tu relación, maestro, ya sé que crees en todas las Virgenes....

—Y creo también, señor cura ó señor generalísimo, en que más lástima da matar un toro que un gachupín, y yo tengo mis razones. El toro al fin se domestica, y sirve para arar la tierra y estirar una carreta, y los gachupines no se han de domesticar en toda su vida. En cuanto á su alma, creo que no tienen alma.

El cura sonrió, y Cayetano advirtiéndolo, prosiguió:

—Tienen alma, puesto que manejan la espada lindamente contra nosotros; pero será una alma de demonio. La verdad, yo los veo hasta con cuernos, como los diablos de las pastorelas; y creo que la Virgen de Zapopan, me ha de agradecer lo que hago en honra y gloria suya. Al acabar de decir estas palabras, besó una medalla que tenía colgada al cuello.

El cura dijo entre dientes: Estos hombres son ignorantes é idiotas al extremo. No obstante, con este fanatismo y estas preocupaciones, se ha de hacer la independencia.

—Cabal, le contestó Cayetano, que no había oído más que la última frase; la independencia se ha de hacer matando á todos los prisioneros que se agarren.

—¡Eres un asesino, un malvado, maestro! No estás contento, si tus manos, tu rostro y tu cuerpo no están llenos de sangre.

—Soy patriota, señor, le interrumpió Cayetano con tono resuelto y altanero.

—¡Hola, hola! baja esos ojos y modera esa voz, maestro, pues á poco que lo piense, te puedo mandar cortar la cabeza, por más patriota que seas.

—V. E. hará lo que guste; pero por favor le pediría, que me dejase llevar por delante una docena de esos perros, antes de morir.

—Ve, ve, maestro, en paz, y haz lo que te dé la gana con esos hombres.

—¿De veras? interrumpió Cayetano, lleno de alegría.

—He dicho que te marches, repuso el cura con voz de trueno. Cayetano salió, y el cura desde la puerta dijo: anda, buitire, cébate en la sangre y la carnicería. En cuanto á mí, continuó dejándose caer en un sillón, ésta es la suerte de la guerra. Hoy mando fusilar, mañana harán lo mismo conmigo. La sangre de los mexicanos, debe lavarse con sangre.

Así pasaban las cosas en Guadalajara el año de 1811.

III.

Es preciso ahora trasladarnos á una casita, regularmente adornada, del pueblo de San Pedro, distante más ó menos una legua de Guadalajara. La sala de la casa no estaba adornada con el lujo y esmero tan común hoy en la República, sino simplemente con unos sofás toscos de cedro, dos rinconeras con sus nichos llenos de flores artificiales y cuentas de cristal, y unas piezas de indiana ordinaria clavadas en la pared, formaban una especie de "rodastrado." En el frente de la pieza se veía un cuadro lleno de toscas molduras doradas; pero la imagen, que era de Nuestra Señora de los Dolores, tenía toda la expresión de angustia, toda la melancólica hermosura que tendría la Reina de los cielos, cuando se hallaba al pie de la cruz del Redentor del mundo. Una señora, joven aún, con un vestido obscuro y un rebozo de seda, miraba melancólicamente á la imagen unas veces, y otras dirigía su vista inquieta á la ventana y á la puerta. A poco momento sonaron lentamente once campanadas: los centinelas gritaron el "alerta," y este grito, lúgubre y pavoroso en tiempo de guerra, se fué apagando y perdiendo por grados, hasta que al fin se escuchó un último y triste acento, como el postrer quejido de

un moribundo. Los perros ladraron: pasado un momento, la señora abrió con tiento la ventana: la noche estaba negra y amenazaba tempestad, y todo reposaba en el silencio y en las sombras. La señora cerró la ventana, encendió un cabo de cera á la santa Virgen de los Dolores, y poniéndose de rodillas, comenzó á rezar. Con su semblante, algo pálido y extenuado, sus ojos negros, humedecidos con el llanto, y unos rizos negros que caían en desorden por su cuello blanco, parecía no un ser humano, sino el ángel que rogaba en el mundo por los desgraciados. Acabada la oración que dirigió al cielo por su esposo, y por los infelices prisioneros de Guadalajara, se levantó con esa seguridad y valor que dá una conciencia pura, una fe ardiente, y se sentó en la ventana. Pasado un momento, oyó pasos de caballerías, y después un relincho.

— ¡El es, él es, Dios mío! El leal "insurgente" ha reconocido su casa. Se lanzó de donde estaba sentada, y tomando una luz, corrió al zaguán seguida de una criada. Apenas corrió el cerrojo, cuando el caballo relincho segunda vez, y un caballero embozado se apeó y se arrojó en brazos de la dama.

— Muy tarde has venido, Alberto, estaba ya cuidadosa.

—¿Y qué ha hecho en mi ausencia mi noble esposa?

—Rezar por tí.

—Bien, hija mía, mientras tenga yo un ángel de guarda á mi lado, estoy seguro que ni el plomo ni el acero, me harán daño.

—Así lo creo yo, porque Dios y la Santa Virgen han de compadecerse de las amarguras de mi corazón, y confiar en esa fe ciega que tengo en que ningún mal te ha de suceder; pero el pobre "insurgente" está sudoroso y cubierto de espuma. ¿Qué, has corrido mucho? Al decir esto, acariciaba el cuello y la crin del caballo, que por su parte hería impaciente las piedras con las herraduras de los cascos. Da pronto de cenar al brioso "insurgente," que parece ha sufrido mucho, dijo á un criado. Y tú, hijo mío, entra, porque comienzan á caer algunas gotas de agua. Los dos esposos entraron á la pieza que hemos ya descrito, mientras el criado condujo á la caballeriza al noble bruto.

Los lectores habrán tal vez reconocido en estos personajes, á los mismos que tuvieron debajo de un árbol de la casa de Chamacuero, una rápida y singular conferencia. No obstante, una breve explicación contribuirá á dar más claridad á la historia. Pasaron los ocho días convenidos en la entrevista, y el matrimonio no pu-

do verificarse, porque aun no se había acabado de allanar todo ese cúmulo de inconvenientes que sobrevienen en tales casos; pero pasado un mes, el buen cura de Chamacuero, interrumpió en el primer día festivo su misa para dar lugar á la lectura de unas amonestaciones. En efecto, el bedel, con sus pantalones de pana morada, su sotana raída y su sobrepelliz un poco sucio, leyó con voz ronca y pausada: "D. Alberto H***, hijo legítimo etc.,... con Doña Manuela B***, natural de esta villa, de diecinueve años de edad, etc., etc.!" el cura concluyó su misa, y todas las gentes salieron alegrísimas, presagiando mil venturas á los futuros esposos. A los ocho ó diez días, Manuelita se puso un vestido nácar de seda china, arregló y entrelazó con flores sus negros cabellos, y convidó á todas sus amiguitas para su boda. Comida, baile, cena, brindis, consejos, lágrimas de la familia, todo hubo en la boda; pero al siguiente día Doña Manuela B*** vivía ya con su amado y bravo esposo D. Alberto.

Un año después estalló la revolución, y Manuelita, fiel á su promesa, guardó religiosamente el secreto de los designios de su esposo, y éste, fiel también á su palabra, y sin que las delicias conyugales disminuyeran un punto su entusiasmo patriótico, se incorporó en cuanto le fue posible en las filas de los insurgentes. En

cuanto á Manuelita, delicada como un lirio, tímida como una gacela, no vaciló en abandonar la dulce paz de su hogar, y seguir á su esposo en una campaña terrible y sangrienta, y en donde, como habían pensado, tenían que vagar muchas veces por las espesuras de los montes, y por las fragosidades de las sierras. Esta corta digresión se aclara más en el diálogo que va á seguir, pues mientras que hemos dicho lo expuesto, los dos esposos han entrado á la sala, y tomado asiento en aquellos toscos y recamados camapés de cedro.

—¿Hay alguna cosa de nuevo? preguntó Manuelita á su esposo con una voz tímida.

—Dicen que Calleja se aproxima con fuerzas muy considerables.

—En ese caso será menester nueva sangre y nuevos desastres.

—Es probable, hija mía. Una vez que un pueblo ha dado la voz de libertad, me atrevería á decir, si no fuera una blasfemia, que ni Dios mismo puede sofocarla.

—¡Alberto!!

—Es una suposición. Sé muy bien que sólo la sombra del brazo de Dios, es bastante para hacer desaparecer un pueblo de la faz de la tierra; pero esa misma razón, me hace concebir una íntima convicción, de que la espada de los buenos patriotas está guiada por la mano de Dios. Los hom-

bres, Manuelita, viven en el mundo con ciertas cargas, que Dios mismo les impuso; pero en medio de su misma cólera, jamás dijo que el hombre se sujetara á sufrir la esclavitud de sus semejantes. Dios crió igualmente á los hombres, y él solo los manda y los gobierna. Quizá estas serán preocupaciones y errores; pero sea lo que fuere, esto me ha obligado á dejar mis bienes, la dulce tranquilidad que gozaba á tu lado, y traerte á tí, débil y tímida criatura, en medio de la sangre, de las balas y del incendio....

Te había dicho, continuó Alberto, que Dios guía la espada de los insurgentes: pues me equivoqué; la guía algunas veces el demonio más cruel y más sanguinario del averno. Escucha: Se ha supuesto que hay entre algunos españoles, inteligencias con Calleja.

—¿Y qué?

—Inocentes ó culpados se han mandado asesinar. He visto salir á Cayetano, de la casa de Hidalgo, con una espada, un par de pistolas, y un puñal al cinto, y brillando en sus ojos una alegría indecible. A poco entramos Allende y yo á pedir á Hidalgo, mandara suspender esas ejecuciones bárbaras, que desacreditaban con Dios y con el mundo nuestra causa....

—¿Y qué respondió?

—Que nunca acostumbraba revocar las

órdenes que daba. Que el pueblo quería víctimas, y que era preciso darle sangre hasta que se saciara.

—¡Dios mío! ¡tened misericordia de esos desgraciados! dijo Manuela.

—En efecto, hija mía, sólo á Dios pueden pedir misericordia, porque los hombres, ciegos con ese fanatismo político, han cerrado su corazón á la piedad.

—¿Y no hay esperanza de salvarlos?

—¡Ninguna, ninguna! Allende y yo hemos tenido larga y acalorada conferencia con Hidalgo, y no hemos conseguido más que reñir y dividirnos. Lo que siento, hija mía, que la sangre de los inocentes caerá sobre nuestras cabezas.

—No, no caerá, porque Dios es más justo que los hombres.

—Dices bien, hija mía, y si algún castigo mereciera yo, estoy seguro que tus ruegos y tu virtud me librarían de él. Sí, niña, tú eres el ángel que me ha defendido de los golpes de los enemigos, y la tierna y desinteresada amiga que me ha seguido sin xhalar un queja, sin derramar una lágrima de despecho, al través de los barrancos y breñales, en medio de los soles abrasadores y del frío de las noches del invierno. Mientras estés á mi lado, podré desviar mi vista de esos espectros ensangrentados, para contemplar tu rostro juvenil; podré cerrar mis oídos un momento á esos doloro-

sos clamores de los heridos en el campo de batalla, para escuchar tu dulce y consoladora voz.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Manuela, y su esposo, besándole amorosamente la frente, le dijo: Descansemos ya, es muy tarde. Hija mía, estás muy fatigada; ven, y descansemos.

IV.

Se estaban disponiendo los dos esposos á tomar el sueño y olvidar con él tantas emociones y agitación, cuando un doloroso gemido se escuchó en la calle. A poco tocaron fuertemente la puerta y Alberto acudió á abrirla: una mujer se arrojó hasta la sala, gritando: ¡Perdón! ¡misericordia! y cayó desmayada en el pavimento. Manuella y las criadas, que habian acudido sobresaltadas, se apresuraron á socorrerla, y en brazos la llevaron á la cama. Las esencias y unas gotas de agua con éter que la hicieron tomar, la volvieron al uso de sus sentidos.

Entonces separaron los cabellos rubios que caían sobre su rostro, y con la luz de la vela vieron sus grandes ojos azules fijos y sin movimiento como los de un demente, sus mejillas pálidas y hundidas, sus labios entreabiertos y temblorosos.

—Esta niña va á morir, exclamo Manuelita; ese rostro tan lindo y tan juvenil, parece ya el de un cadáver. ¿Qué tienes, hija mía? le dijo con mucha dulzura, sentándose junto de ella; habla, por Dios: si te persiguen, aquí tienes un asilo seguro.

—Señora, quiero llorar y no puedo.

—Llora, llora, niña; también tengo yo lágrimas en los ojos y penas en el corazón. Manuelita colocó en su seno suavemente, la rubia y linda cabeza de la muchacha, y comenzó á acariciarla con la ternura de una madre.

La niña lloró amargamente.

—Está bien, niña, le dijo Manuela, llora: así aliviarás tu corazón, y tendrás fuerza para decirnos lo que deseas, y por qué has venido á estas horas de la noche sola y abandonada á morir casi á nuestra vista.

—Señora, mi padre y mi... no pudo acabar, porque los sollozos la ahogaban.

—Ya comprendo, dijo Alberto en voz baja: su padre, su esposo, su amante tal vez, estarán prisioneros, y mañana...

—Mañana, señor, no existirán, si vd. no los salva: exclamó la niña, desprendiéndose del seno de Manuelita, y abrazando las rodillas de Alberto.

—¿Salvarlos, niña?... A todos los hubiera salvado por mi voluntad. Cada infeliz tendrá una madre, una esposa, una hija.

—¡Piedad, señor! ¡piedad! sólo vd. puede libertarlos: sólo vd. no tendrá el corazón de fiera. Todo el día y toda la noche he corrido desolada gritando, llorando, implorando la compasión, y en todas partes me han dado con las puertas en la cara; en todas partes he hallado asesinos, lobos, tigres que se han complacido en mi agonía. He ofrecido mi rostro joven y ruboroso, á los besos lúbricos de los malvados; mi inocencia, en recompensa de dos vidas, y....

—Acaba, niña, interrumpió Alberto, con agitación.

—Y he perdido mi honor, he mancillado mi virginidad, y los infames, los cobardes, no me han vuelto ni á mi padre, ni á mi amante.

—¡Rayos del cielo! dijo Alberto, hiriendo el suelo con el pie. Manuela, Manuelita, la independencia no se hará, y estos crímenes y las lágrimas de la inocencia, caerán como un veneno, sobre toda la generación mexicana.

La niña quedó aterrorizada, y con los ojos fijos y secos, como si jamás hubiera derramado una lágrima.

—No te asustes, hija mía, le dijo Manuelita volviéndola á tomar en los brazos. Mi esposo salvará á tu padre y á tu amante. ¿Cómo se llaman?

—Don Pedro N***, y Don Eduardo H***.

—Alberto, prosiguió Manuela, si es necesario tu vida y la mía, para volverle á este ángel lo que reclama, en nombre de la humanidad y de la justicia, no vaciles, que más felices seremos los dos, durmiendo en la tumba, que no viviendo entre hombres tan perversos y tan criminales.

Alberto, el valiente Alberto, cuyo rostro jamás se había demudado con las balas de los cañones, y que sonriendo había visto siempre delante de su pecho las lanzas y las espadas enemigas, estuvo á punto de prorrumpir llorando como un niño; así es que se contentó con echar una mirada de compasión sobre la infeliz niña, y besar suavemente la mejilla de la otra hermosa y santa niña, que el cielo le había concedido por esposa. En dos minutos el "insurgente" estaba ensillado, y su valiente jinete voló á pedir la vida del padre y del amante.

La niña estuvo atenta é inmóvil, hasta que las pisadas del caballo se dejaron de escuchar: entonces volviéndose á Manuélita, le dijo con una expresión de ternura:

—¿Cree vd. que se salvarán, señora?

—Es muy probable, hija mía.

—¿Hija mía, ha dicho vd.?... ¡Oh! gracias, gracias, señora; gracias, madre mía. Vd. ha reconciliado mi alma con Dios. Esa palabra sublime y dulce que ha pro-

nunciado vd., me indica que ese Dios á quien he adorado, desde que mi madre enseñó á pronunciar á mis labios inocentes é infantiles su divino nombre, no me ha negado su piedad. Hace veinticuatro horas que con mis cabellos desordenados, mi pecho descubierto, me arrastro de rodillas ante las mujeres, ante los soldados, ante los niños, ante los ancianos; unos me han creído loca, otros han juzgado que soy una ramera; y otros, señora, otros, me han quitado el honor, y no me han devuelto á mi padre y á mi amante. Yo era pura; ni un sólo pensamiento había turbado mi inocencia, y Dios lo ha visto, Dios que ve el alma, ha sido testigo que los besos que recibía me quemaban, que las caricias eran martirios, y que el placer para mí, señora, fué... el infierno, porque parecía que mi padre ensangrentado y lívido, me reconvenía, me maldecía, me rechazaba, aun en los momentos de su muerte. Madre mía, sí, mi madre, porque vd. es digna de reemplazarla: madre mía, ¿qué había yo de hacer para salvar dos vidas? ¿Qué otro camino había de tomar, pobre y débil mujer, sino hacer valer mi hermosura, y mi juventud?

—¡Oh niña, niña, no me destroces el corazón, no me digas más, cállate por piedad!

—¿Se salvarán, señora? preguntaba tristemente la muchacha.